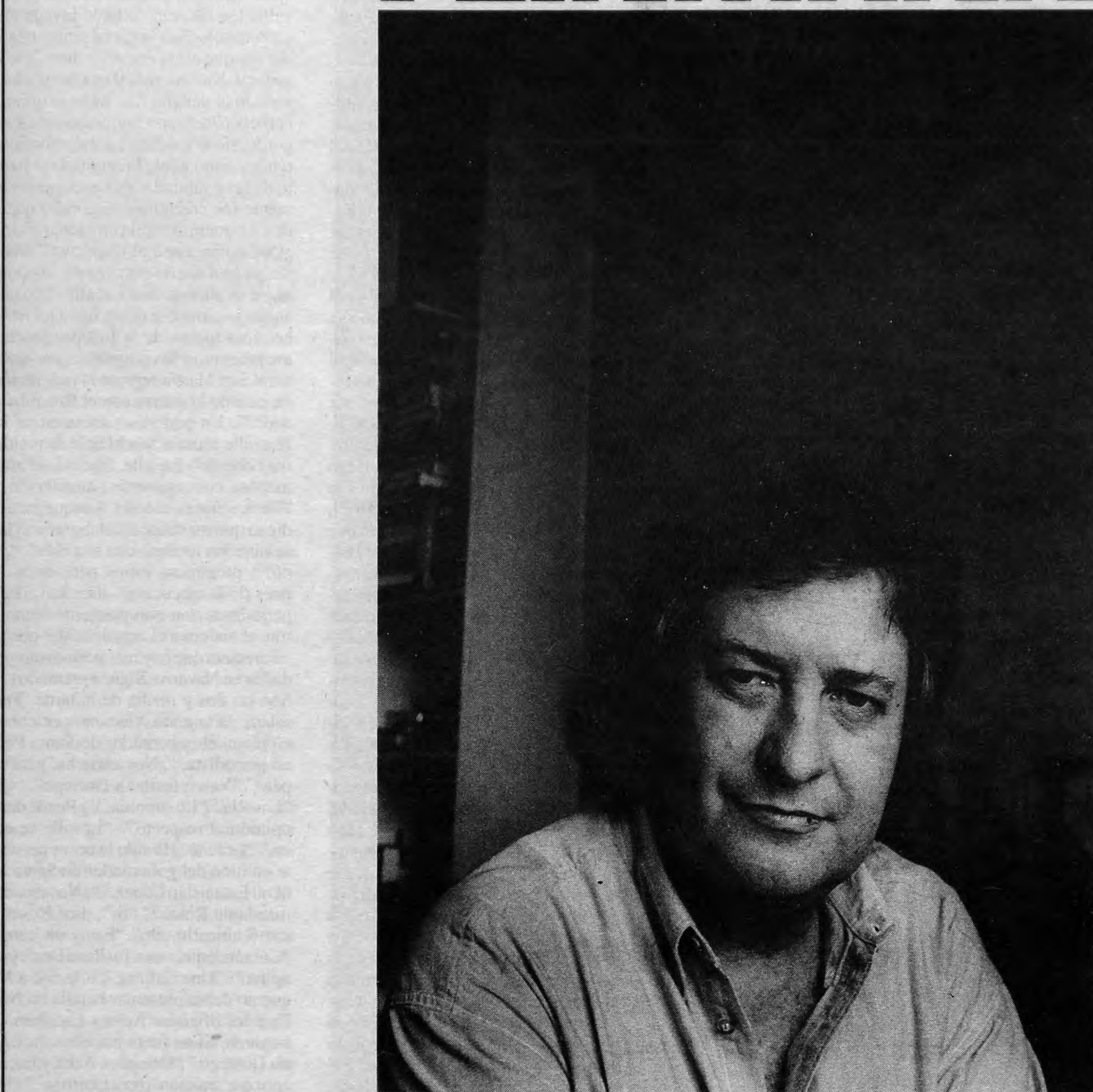
FEINMANN



Los mass media cubren el pasado

Escribí este cuento en 1993. Durante esos días estaba obsesionado –más que ahora, creo– por los medios de comunicación. Escribía, también, mi novela *Los crímenes de Van Gogh*, que es, entre otras cosas, una sátira a la voracidad obscena de los medios. En suma, andaba en el tema.

Fue sencillo armar este cuento, y conjeturo que de esa sencillez ha resultado su efectividad. Me pregunté qué habría ocurrido si los mass media fin de milenio hubieran cubierto algún suceso fundante de eso que suele llamarse nuestro pasado histórico. Se trataba, en primer término, de elegir ese suceso. ¿Por qué no el fusilamiento de Dorrego? Al cabo, es tan importante como para haber inspirado el primer film de nuestra cinematografía. Que se llamó, sin sorpresas, *El fusilamiento de Dorrego*. Elegí entonces al desdichado Manuel Dorrego, al severo, impiadoso Lavalle, al cálido Lamadrid, a Rosas, a Estanislao López como protagonistas del cuento. Y puse, alrededor de ellos, a los bulliciosos periodistas, a los camarógrafos, a los tiracables, a todo ese mundo alborotado que hoy cerca, asedia cualquier cosa que pase, desde la más trascendente hasta la más nimia.

Años después –en junio de 1998 y en Italia–, Danilo Manera me dio un libro de cuentos italianos que él había compilado. Uno de ellos se llama *Papá sale en televisión* y utiliza el mismo artificio de mi *Dorrego muere en vivo y en directo*. Es así: una familia se sienta frente al televisor para ver la ejecución del padre, que, justamente, se televisa en directo. Tanto los colma de alegría ver a papá en la tele que poco se preocupan por el hecho de su ejecución. Así de macabra y siniestra es la cosa. Es un cuento muy negro y muy eficaz. No sé si es profundo, ya que los cuentos eficaces lo son raramente. Pero uno se lo lee de un tirón y cuando lo termina busca un amigo para leérselo y, con esa excusa, leerlo otra vez.

Presentación de J. P. F.

DORREGO muere en vivo y en d

Por José Pablo Feinmann

Los representantes de los medios entran abruptamente en el despacho del general Juan Lavalle. Encienden luces, enfocan sus cámaras, activan sus grabadores, sacan fotos. Se lo ve pálido a Lavalle, adusto, quizá imponente, sujetas las manos a la espalda. Hace calor. Son las dos de la tarde del 13 de diciembre de 1828. Lavalle dice: "Cumplo con informarles que el coronel Manuel Dorrego será fusilado dentro de una hora, aquí en Navarro". Alboroto entre los periodistas. Conmoción por la noticia. Uno de ellos, que se identifica como perteneciente a la revista *Seremos*, pregunta: "¿Cuál es el motivo de esta decisión, general?". Lavalle responde: "Tengo la certeza de que la existencia del coronel Dorrego y la tranquilidad de este país son incompatibles". Otro periodista pregunta: "General, ¿asume usted por completo la responsabilidad de este acto?". Lavalle responde: "Así es. La Historia juzgará imparcialmente si el coronel Dorrego ha debido morir o no y si al sacrificarlo a la tranquilidad de un pueblo enlutado por él, puedo estar poseído de otro sentimiento que el bien público". Otro periodista dice: "Disculpe general, es muy digno de su parte asumir la responsabilidad de este acto, pero sabemos que ha sido usted influido, mediante cartas, por altas personalidades del unitarismo porteño". "Desmiento categóricamente tal infundio", responde Lavalle. No obstante, el periodista, que se identifica ahora como perteneciente al semanario *El Mago*, insiste: "Disculpe, general, pero tenemos los nombres de esas personas". Levemente alterado, dice Lavalle: "Si los tienen, díganlos". El periodista dice: "Salvador María del Carril, Julián Segundo de Agüero y Juan Cruz Varela". Y añade: "Además, un matutino publicó hoy en exclusiva la carta que le envió el poeta Varela". Lavalle se indigna: "¿Cómo es posible? ¡Recibí esa carta ayer a las diez de la noche!". El periodista dice: "Lo sabemos. Y también sabemos que esa carta en la que el poeta Varela le indica a usted lo imperioso de fusilar a Dorrego, dice: 'Cartas como éstas se rompen'. ¿Por qué no la rompió, general?". Lavalle, más indignado aún, exclama: "¡Carajo, ni tiempo tuve! Esto es un ultraje. Aquí hubo una filtración". Y pregunta: "¿Quién publicó esa carta?". El periodista le dice: "El matutino *Gaceta 12*, general. La publicó en primera plana bajo el título de '¡Qué cartita, Varela, Varelita!".

Como un latigazo, una exclamación estremece todas las almas: "¡Ahí viene Dorrego!". El coronel Dorrego, en efecto, se dirige hacia el patíbulo. Los periodistas lo rodean y lo acribillan a preguntas: "¿Tiene miedo?", preguntan casi todos. Y otros: "¿Se siente agredido?". Y otros: "¿Algún mensaje para su esposa Angelita?". Dorrego responde: "Que sea feliz, ya que no lo ha podido ser en mi compañía. Y que mis funerales sean sin fasto".

"¡Ese diario de gauchos alzados!", ruge Lavalle. Un silencio de hielo invade el recinto. Pero sólo dura –exactamente– tres segundos, ya que otro periodista dice: "De *Telesí*, general. Nuestro móvil en alta mar ha entrevistado al general San Martín, quien, en la corbeta *Chichester* regresa al país. Está más gordo, tiene muchas canas y confiesa cuarenta y ocho años. Preguntado si participará de las contiendas que padecemos actualmente los argentinos respondió que jamás desenvainará su sable en luchas fratricidas. ¿Qué opina usted al respecto?". Más sereno, ya casi dueño otra vez de su compostura, de su altivez, dice Lavalle: "Yo no he de emitir juicio sobre quien fuera mi jefe en las heroicas luchas de la Independencia. Pero me pregunto y les pregunto: ¿por qué el general San Martín regresa al país recién ahora, cuando la guerra con el Brasil ha terminado?". Un periodista anota en su libreta: "Lavalle acusa a San Martín de maldito perro cobarde". Lavalle, frotándose ahora las manos, con aparente satisfacción, dice: "Bien, señores, es todo. Aunque para que no digan que me niego a colaborar con la prensa libre los recibiré una vez más". "¿Cuándo?", preguntan varios periodistas. "Después de la ejecución", dice Lavalle. Y los periodistas, tan abruptamente como entraron, abandonan el despacho del general.

Pareciera que hay más periodistas que soldados en Navarro. Sigue apretando el calor. Son las dos y media de la tarde. Todos lo saben: *falta poco*. "Estamos en comunicación con el gobernador de Santa Fe", dice un periodista. "¿Nos escucha, general López?" "Van a fusilar a Dorrego". "Quién." "Lavalle." "Lo suponía." "¿Puede darnos su opinión al respecto?" "Lavalle se equivoca." "Gracias. Ha sido la breve pero valiente opinión del gobernador de Santa Fe, general Estanislao López." "¿Nos escucha, comandante Rosas?" "Sí", dice Rosas. "Nos costó ubicarlo, eh." "Estoy en campaña". "Comandante, van a fusilar a Dorrego, ¿qué opina?" "Una lástima. Yo le dije a Manuel que no debía presentar batalla en Navarro. Pero los oficiales Acha y Escribano lo entregaron. Si no fuera por ellos, hoy no moría Dorrego." "Oficiales Acha y Escribano, ¿por qué traicionaron a Dorrego?" "No traicionaron a nadie. Debemos obediencia a nuestros superiores." "Precisamente, el superior de ustedes era Dorrego." "Bueno, decidimos cambiar de superior. Decidimos deberle obediencia a Lavalle. Que quede claro: no fue traición, sólo el cambio de un superior por otro." "¡Coronel Lamadrid, su opinión, por favor!" Lamadrid se seca unas lágrimas. Dice: "Estoy destrozado por el dolor, pero no diré nada. Lo que tenga que decir sobre la muerte de mi pobre compadre Dorrego lo diré en el tomo segundo de mis *Memorias*, entre las páginas doscientos cuarenta y seis y doscientos cincuenta, ediciones Jackson". "Muchas gracias, coronel."

Como un latigazo, una exclamación estremece todas las almas: "¡Ahí viene Dorrego!". El coronel Dorrego, en efecto, se dirige hacia el patíbulo. Los periodistas lo rodean y lo acribillan a preguntas: "¿Tiene miedo?", preguntan casi todos. Y otros: "¿Se siente agredido?". Y otros: "¿Algún mensaje para su esposa Angelita?". Dorrego responde: "Que sea feliz, ya que no lo ha podido ser en mi compañía. Y que mis funerales sean sin fasto". Otro periodista pregunta: "¿Algún mensaje para sus hijas?". Dorrego responde: "A una le he dejado una sortija y a la otra unos tiradores que ella misma hizo para su infortuna-

De "Ignotos y famosos", Planeta, 1997

DORREGO muere en vivo y en directo

Por José Pablo Feinmann

Los representantes de los medios entran abruptamente en el despacho del general Juan Lavalle. Encienden luces, enfocan sus cámaras, activan sus grabadores, sacan fotos. Se lo ve pálido a Lavalle, adusto, quizá imponente, sujetas las manos a la espalda. Hace calor. Son las dos de la tarde del 13 de diciembre de 1828. Lavalle dice: "Cumplo con informarles que el coronel Manuel Dorrego será fusilado dentro de una hora, aquí en Navarro". Alboroto entre los periodistas. Conmoción por la noticia. Uno de ellos, que se identifica como perteneciente a la revista *Seremos*, pregunta: "¿Cuál es el motivo de esta decisión, general?". Lavalle responde: "Tengo la certeza de que la existencia del coronel Dorrego y la tranquilidad de este país son incompatibles". Otro periodista pregunta: "General, ¿asume usted por completo la responsabilidad de este acto?". Lavalle responde: "Así es. La Historia juzgará imparcialmente si el coronel Dorrego ha debido morir o no y si al sacrificarlo a la tranquilidad de un pueblo enlutado por él, puedo estar poseído de otro sentimiento que el bien público". Otro periodista dice: "Disculpe general, es muy digno de su parte asumir la responsabilidad de este acto, pero sabemos que ha sido usted influido, mediante cartas, por altas personalidades del unitarismo porteño". "Desmiento categóricamente tal infundio", responde Lavalle. No obstante, el periodista, que se identifica ahora como perteneciente al semanario *El Mago*, insiste: "Disculpe, general, pero tenemos los nombres de esas personas". Levemente alterado, dice Lavalle: "Si los tienen, díganlos". El periodista dice: "Salvador María del Carril, Julián Segundo de Agüero y Juan Cruz Varela". Y añade: "Además, un matutino publicó hoy en exclusiva la carta que le envió el poeta Varela". Lavalle se indigna: "¿Cómo es posible? ¡Recibí esa carta ayer a las diez de la noche!". El periodista dice: "Lo sabemos. Y también sabemos que esa carta en la que el poeta Varela le indica a usted lo imperioso de fusilar a Dorrego, dice: 'Cartas como éstas se rompen'. ¿Por qué no la rompió, general?". Lavalle, más indignado aún, exclama: "¡Carajo, ni tiempo tuve! Esto es un ultraje. Aquí hubo una filtración". Y pregunta: "¿Quién publicó esa carta?". El periodista le dice: "El matutino *Gaceta 12*, general. La publicó en primera plana bajo el título de '¡Qué cartita, Varela, Varelita!'.

Como un latigazo, una exclamación estremece todas las almas: "¡Ahí viene Dorrego!". El coronel Dorrego, en efecto, se dirige hacia el patíbulo. Los periodistas lo rodean y lo acribillan a preguntas: "¿Tiene miedo?", preguntan casi todos. Y otros: "¿Se siente agredido?". Y otros: "¿Algún mensaje para su esposa Angelita?". Dorrego responde: "Que sea feliz, ya que no lo ha podido ser en mi compañía. Y que mis funerales sean sin fasto".

"¡Ese diario de gauchos alzados!", ruge Lavalle. Un silencio de hielo invade el recinto. Pero sólo dura –exactamente– tres segundos, ya que otro periodista dice: "De *Telesí*, general. Nuestro móvil en alta mar ha entrevistado al general San Martín, quien, en la corbeta *Chichester* regresa al país. Está más gordo, tiene muchas canas y confiesa cuarenta y ocho años. Preguntado si participará de las contiendas que padecemos actualmente los argentinos respondió que jamás desenvainará su sable en luchas fratricidas. *¿Qué opina usted al respecto?*". Más sereno, ya casi dueño otra vez de su compostura, de su altivez, dice Lavalle: "Yo no he de emitir juicio sobre quien fuera mi jefe en las heroicas luchas de la Independencia. Pero me pregunto y les pregunto: ¿por qué el general San Martín regresa al país recién ahora, cuando la guerra con el Brasil ha terminado?". Un periodista anota en su libreta: "Lavalle acusa a San Martín de maldito perro cobarde". Lavalle, frotándose ahora las manos, con aparente satisfacción, dice: "Bien, señores, es todo. Aunque para que no digan que me niego a colaborar con la prensa libre los recibiré una vez más". "¿Cuándo?", preguntan varios periodistas. "Después de la ejecución", dice Lavalle. Y los periodistas, tan abruptamente como entraron, abandonan el despacho del general.

Pareciera que hay más periodistas que soldados en Navarro. Sigue apretando el calor. Son las dos y media de la tarde. Todos lo saben: *falta poco*. "Estamos en comunicación con el gobernador de Santa Fe", dice un periodista. "¿Nos escucha, general López?" "*Van a fusilar a Dorrego*". "*Quién.*" "Lavalle." "Lo suponía." "¿Puede darnos su opinión al respecto?" "Lavalle se equivoca." "Gracias. Ha sido la breve pero valiente opinión del gobernador de Santa Fe, general Estanislao López." "¿Nos escucha, comandante Rosas?" "Sí", dice Rosas. "Nos costó ubicarlo, eh." "Estoy en campaña". "Comandante, van a fusilar a Dorrego, ¿qué opina?" "Una lástima. Yo le dije a Manuel que no debía presentar batalla en Navarro. Pero los oficiales Acha y Escribano lo entregaron. Si no fuera por ellos, hoy no moría Dorrego." "Oficiales Acha y Escribano, ¿por qué traicionaron a Dorrego?" "No traicionaron a nadie. Debemos obediencia a nuestros superiores." "Precisamente, el superior de ustedes era Dorrego." "Bueno, decidimos cambiar de superior. Decidimos deberle obediencia a Lavalle. Que quede claro: no fue traición, sólo el cambio de un superior por otro." "¡Coronel Lamadrid, su opinión, por favor!" Lamadrid se seca unas lágrimas. Dice: "Estoy destrozado por el dolor, pero no diré nada. Lo que tenga que decir *sobre la muerte de mi pobre compadre* Dorrego lo diré en el tomo segundo de mis *Memorias*, entre las páginas doscientos cuarenta y seis y doscientos cincuenta, ediciones Jackson". "Muchas gracias, coronel."

Como un latigazo, una exclamación estremece todas las almas: "¡Ahí viene Dorrego!". El coronel Dorrego, en efecto, se dirige hacia el patíbulo. Los periodistas lo rodean y lo acribillan a preguntas: "¿Tiene miedo?", preguntan casi todos. Y otros: "¿Se siente agredido?". Y otros: "¿Algún mensaje para su esposa Angelita?". Dorrego responde: "Que sea feliz, ya que no lo ha podido ser en mi compañía. Y que mis funerales sean sin fasto". Otro periodista pregunta: "¿Algún mensaje para sus hijas?". Dorrego responde: "A una le he dejado una sortija y a la otra unos tiradores que ella misma hizo para su infortunado padre". Otro periodista pregunta: "¿Algún mensaje para la ciudadanía que lo está escuchando?". Dorrego dice: "Perdono a todos mis enemigos y suplico a mis amigos que no den paso alguno en desagravio de lo recibido por mí". Y dirige sus pasos, lentos, hacia el patíbulo.

Una periodista agita sus cabellos, desabrocha otro botón de su blusa, retoca el rouge de sus labios, enfrenta la cámara y con tono minucioso y descriptivo dice: "Para Argentina Televisora Confort, en directo, estamos presenciando el fusilamiento de Dorrego. Son las tres de la tarde. El ex gobernador de Buenos Aires viste una chaqueta de lanilla escocesa, corbata negra, pantalón azul y botas al tono. Los fusileros se preparan. Se da la orden de fuego. Suena la descarga. El cuerpo de Dorrego se sacude violentamente. Ustedes lo han visto. Aquí, en Navarro, acaba de ser fusilado el coronel Manuel Dorrego. Esto es todo. Volvemos a estudios centrales". No lejos de allí, un periodista atildado, de rasgos armónicos, bronceada la tez, reflexivamente dice: "Un país no sólo se construye de héroes y estadistas. También requiere mártires. ¿Será éste el papel que nuestra historia le ha asignado a Dorrego? Si así fuera, Lavalle no estaría sino ayudándolo a cumplir con su destino, pues los mártires, para ser mártires, tienen que morir. Quisiera recordar alguna frase de Maquiavelo para cerrar este comentario, pero no se me ocurre ninguna".

Luego, tal como lo prometiera, Lavalle vuelve a recibir a los representantes de los medios. Se lo ve muy pálido, casi encorvado, *como si un infinito cansancio lo* poseyera. Nadie pregunta nada. ¿Quién habrá de atreverse? Alguien, por fin, lo hace. Un periodista pregunta: "De *TV Mía*, general. ¿Es cierto que vive usted un apasionado romance con la señorita Damasita Boedo?". Lavalle lo fulmina con la mirada. Un miedo súbito recorre el recinto. La furia que brilla en los ojos del general –piensan muchos– ha de ser la misma que brilló en Pasco y Riobamba, cuando cargaba a sable contra los enemigos de la libertad americana. De modo que todos temen lo peor. Pero no. Los ojos de Lavalle pierden su brillo, sus facciones se distienden, y luego, otra vez con ese infinito cansancio, resignado, con una voz tenue:

"Sólo somos buenos amigos", responde. ■

Una periodista agita sus cabellos, desabrocha otro botón de su blusa, retoca el rouge de sus labios, enfrenta la cámara y con tono minucioso y descriptivo dice: "Para Argentina Televisora Confort, en directo, estamos presenciando el fusilamiento de Dorrego. Son las tres de la tarde. El ex gobernador de Buenos Aires viste una chaqueta de lanilla escocesa, corbata negra, pantalón azul y botas al tono. Los fusileros se preparan. Se da la orden de fuego. Suena la descarga"



De "Ignotos y famosos", Planeta, 1997

recto

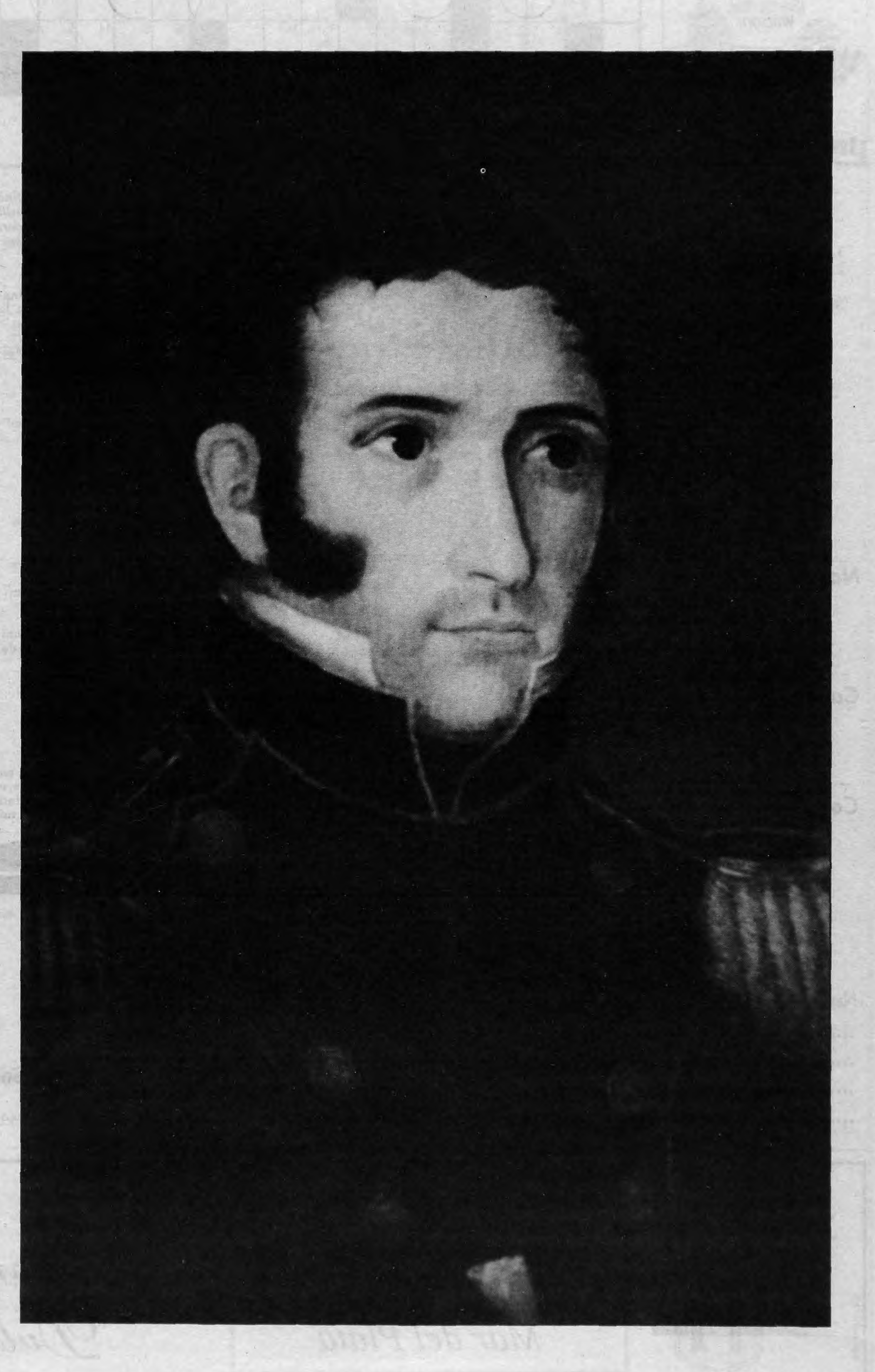
do padre". Otro periodista pregunta: "¿Algún mensaje para la ciudadanía que lo está escuchando?". Dorrego dice: "Perdono a todos mis enemigos y suplico a mis amigos que no den paso alguno en desagravio de lo recibido por mí". Y dirige sus pasos, lentos, hacia el patíbulo.

Una periodista agita sus cabellos, desabrocha otro botón de su blusa, retoca el rouge de sus labios, enfrenta la cámara y con tono minucioso y descriptivo dice: "Para Argentina Televisora Confort, en directo, estamos presenciando el fusilamiento de Dorrego. Son las tres de la tarde. El ex gobernador de Buenos Aires viste una chaqueta de lanilla escocesa, corbata negra, pantalón azul y botas al tono. Los fusileros se preparan. Se da la orden de fuego. Suena la descarga. El cuerpo de Dorrego se sacude violentamente. Ustedes lo han visto. Aquí, en Navarro, acaba de ser fusilado el coronel Manuel Dorrego. Esto es todo. Volvemos a estudios centrales". No lejos de allí, un periodista atildado, de rasgos armónicos, bronceada la tez, reflexivamente dice: "Un país no sólo se construye de héroes y estadistas. También requiere mártires. ¿Será éste el papel que nuestra historia le ha asignado a Dorrego? Si así fuera, Lavalle no estaría sino ayudándolo a cumplir con su destino, pues los mártires, para ser mártires, tienen que morir. Quisiera recordar alguna frase de Maquiavelo para cerrar este comentario, pero no se me ocurre ninguna".

Luego, tal como lo prometiera, Lavalle vuelve a recibir a los representantes de los medios. Se lo ve muy pálido, casi encorvado, como si un infinito cansancio lo poseyera. Nadie pregunta nada. ¿Quién habrá de atreverse? Alguien, por fin, lo hace. Un periodista pregunta: "De *TV Mía*, general. ¿Es cierto que vive usted un apasionado romance con la señorita Damasita Boedo?". Lavalle lo fulmina con la mirada. Un miedo súbito recorre el recinto. La furia que brilla en los ojos del general –*piensan muchos*– ha de ser la misma que brilló en Pasco y Riobamba, cuando cargaba a sable contra los enemigos de la libertad americana. De modo que todos temen lo peor. Pero no. Los ojos de Lavalle pierden su brillo, sus facciones se distienden, y luego, otra vez con ese infinito cansancio, resignado, con una voz tenue:

"Sólo somos buenos amigos", responde. ■

Una periodista agita sus cabellos, desabrocha otro botón de su blusa, retoca el rouge de sus labios, enfrenta la cámara y con tono minucioso y descriptivo dice: "Para Argentina Televisora Confort, en directo, estamos presenciando el fusilamiento de Dorrego. Son las tres de la tarde. El ex gobernador de Buenos Aires viste una chaqueta de lanilla escocesa, corbata negra, pantalón azul y botas al tono. Los fusileros se preparan. Se da la orden de fuego. Suena la descarga"



Criptofrase

Cada uno de los siguientes esquemas esconde una frase. Complételos sabiendo que casillas de igual número llevan la misma letra. Cada frase tiene una clave diferente.

1 L	2	■	3 P	4	5	6	■	7	4	■	1	2	8	■	8	9 U
3	4	6	8	10	11	12	11	5	13	4	8	■	12	5	13	8
11	8	10	4	■	4	13	■	12	5	13	8	11	7	4	6	2
6	■	1	2	■	3	6	5	3	11	2	■	12	5	14	5	■
1	2	■	14	2	8	■	1	1	4	15 V	2	7	4	6	2 .	■

¡Invasión!

Visitantes de otros mundos han invadido la Tierra. Deduzca cómo son y después, si ve alguno, trate de hacerse amigo antes de huir.

1. Del cilindro salen seres azules.
2. La forma de la cabeza de los de piel escamosa cambia cada cinco segundos.
3. Los de cabeza puntiaguda se refugian en su nave, una gran pirámide, cada vez que ven a los de piel lisa e irisada, que parecen ser sus enemigos.
4. Las criaturas de cabeza chata y las otras de piel gelatinosa (que no es negra) no llegaron en un cono ni en un disco.
5. Los tripulantes del disco no tienen cabeza ovalada.

		Piel: Escamosa	Piel: Gelatinosa	Piel: Lisa	Piel: Rugosa	Color: Azul	Color: Irisada	Color: Negra	Color: Verde	Cabeza: Cambiante	Cabeza: Chata	Cabeza: Ovalada	Cabeza: Puntiaguda
Nave	Cilindro												
	Cono												
	Disco												
	Pirámide												
Cabeza	Cambiante												
	Chata												
	Ovalada												
	Puntiaguda												
Color	Azul												
	Irisada												
	Negra												
	Verde												

S.O.S.

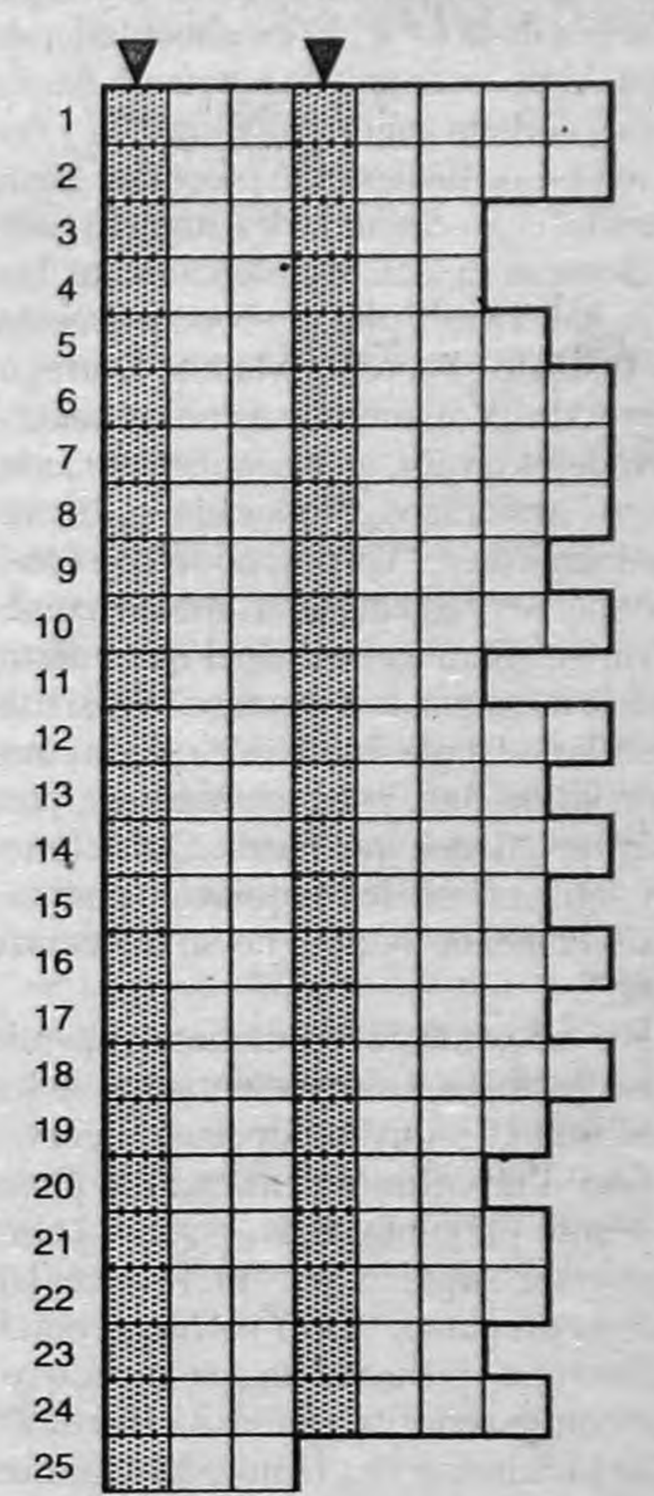
Nave	Piel	Color	Cabeza

Grilla

Encuentre las palabras definidas y escríbalas en el diagrama, a razón de una letra por casilla. Al terminar, en las columnas destacadas con flechas quedará formada una frase. Como ayuda, damos la lista de sílabas que componen las palabras.

DEFINICIONES

1. Orden y forma determinados por la Iglesia para la celebración de los oficios.
2. Valorar.
3. Curva plana, cerrada y simétrica.
4. Alimentar, mantener.
5. Aciago, desgraciado.
6. Incidente.
7. Que puede producir beneficio.
8. Enseñanza moral.
9. Exento.
10. Falta de orden.
11. Octavo mes.
12. Aficionado a dormir.
13. Perteneciente al Estado.
14. Poner bajo yugo.
15. Cubrir con losas.
16. Sitio poblado de laureles.
17. Discutir, disputar.
18. Forma musical religiosa.
19. Almohada pequeña.
20. Sonar truenos.
21. Respuesta que las pitonisas pronunciaban como dadas por los dioses.
22. Rama de tercer orden.
23. Caudal corto de agua.
24. Modestia, sencillez.
25. Pronombre relativo.



SILABAS

a, a, a, ba, be, ble, ca, ciar, cu, dal, de, de, den, dio, do, dor, e, e, e, en, es, fu, gar, gia, gos, ja, lau, le, li, lip, lo, lo, lón, lla, lla, mi, mi, mi, mo, nar, ne, nes, nu, o, o, pi, pre, que, ra, ra, ra, rá, re, ren, rio, rro, sar, se, so, sor, sub, ta, ta, tal, tir, to, to, to, trir, tro, tur, xi, yo, yu, za, zal.

Soluciones

Grilla

1. LITURGIA/ 2. APRECIAR/ 3. ELIPSE/ 4. NUTRIR/ 5. FUNESTO/ 6. EPISODIO/ 7. RENTABLE/ 8. MORALEJA/ 9. EXIMIDO/ 10. DESORDEN/ 11. AGOSTO/ 12. DORMILON/ 13. ESTATAL/ 14. SUBYUGAR/ 15. ENLOSAR/ 16. LAUREDAL/ 17. DEBATIR/ 18. ORATORIO/ 19. CABEZAL/ 20. TRONAR/ 21. ORACULO/ 22. RAMILLA/ 23. ARROYO/ 24. LLANEZA/ 25. QUE.

"La enfermedad es el doctor al que prestamos mayor atención." Marcel Proust.

¡Invasión!

Cilindro, rugosa, azul, chata.
Cono, lisa, irisada, ovalada.
Disco, escamosa, negra, cambiante.
Pirámide, gelatinosa, verde, puntiaguda.

Criptofrase

"La peor de las supersticiones consiste en considerar la propia como la más llevadera." Lessing